

CURIOSIDADES, DEFINICIONES Y DESVARÍOS

CURIOSIDADES

Eróticos I

Curiosidad

Catalejo a la intimidad,
el ojo de la cerradura
nos permite entrever
cómo el deseo, en plena
luna de miel con la audacia,
se quita poco a poco
las prendas interiores
de la reticencia.

Candente

Como el deseo es inflamable
-oh mujer que te escondes
bajo la vestidura
de una fría indiferencia-
nada es más peligroso para ti
que un beso a quemarropa.

Identidad

No dejes que mis años, mi ceguera
que avanza, mis arrugas o mi máscara

**formada con pedazos
de mi semblante antiguo, te impresionen.
Aunque ciñan mis dedos ademanes
estrenados apenas
en el niño irrumpir de mi vejez,
aunque corra a romper mi acta de nacimiento
y escupa letra a letra mi nombre y apellido,
sigo siendo el de siempre.**

**Déjale a mi caricia libre tránsito.
Llévame a recorrer lo recorrido
y saborear el vino del presente
en odres del pasado.
Sé la brújula tierna de mi guía.
No hagas que la palabra prohibición
monte guardia en ninguna de las partes
que conforman tu cuerpo.**

**Medita ¿no recuerdas, mujer, cuando
confundimos los puntos suspensivos
que vinieron un día hacia nosotros,
con el punto final irremediable
-dada la redundante afirmación
con que una y otra vez se presentaban?**

**Mi identidad se encuentra
en la sabiduría con que puede
mi tacto andar a ciegas en el mundo
y poner el manajo de huellas digitales
que cargo entre las manos,
nuevamente a tus pies, amiga mía.**

Infierno

**Después de caer en cuenta
de que su sonrisa, señora,
es una confitura a medio rostro,
como si usted pusiera
con su lápiz labial
un trazo de rompopo o de vainilla
sobre su boca,
me lanzo sin pensarlo
a embadurnarme y relamerme
con el dulzor del beso que le robo
a su descuido,
pero -siendo un viejo lobo de mar
en los itinerarios del deseo-
sé que con ello se inicia, me perdona,
la inexorable cuenta decreciente
que va del paraíso
hacia uno de los círculos más crueles
del empalagamiento.**

Eróticos II

Caperucita

**La verdad es que la caperucita
no estaba aún madura
para tus insinuaciones,
lobo.
Aún se hallaba jugando a la muñeca
consigo misma;
aún su matriz, con pobre aleteo,
se moría de envidia por las cigüeñas.
Aún sus senos
eran pequeñas colinas**

**incapaces de producir todavía
el mal de montaña.
En realidad, cuando llegó a tu lado,
y puso ante tus dedos el abismo
de la tentación,
cargaba en la entrepierna
remilgos de virginidad.**

La dama del perrito

**Esa mujer que saca a pasear
tarde a tarde a su mascota,
después de dejar en casa
los platos relucientes (donde se asoma
con gesto narcisista la limpieza),
una cama sin arreglar
(donde pueden descubrirse
las huellas de la dueña de la casa
y el hueco saltarín de su perrito)
y el espectro que deja su tristeza
(como un objeto más
entre los pañuelos y vestidos planchados
por su aburrimiento)
tiene, se dice por el barrio,
una historia secreta:
se cuenta que la edad, su rostro poco agraciado,
y un cuerpo que se inhibe
entre los pliegues de la reticencia,
han enclaustrado su libido
entre cuatro paredes.**

**Eso dicen. Y añaden
que el sueño de la dama -escaparse
del calabozo de sí misma,
limarle al corazón todo barrote,**

salir de la prisión y retener en el pecho
por un instante toda la intemperie-,
no puede prosperar por los grilletes
de sus prejuicios, el olor del incienso,
el temor al ave carroñera de la culpa.
Pobre dama. No le queda
más que, turbándose de más,
tener encuentros con una de sus manos
sólo de vez en cuando, procediendo
con temerosa furia,
ante la inquisitiva expectación
de su perrito.

Elefante

El elefante es, entre todos los animales de la jungla,
la criatura más digna, parsimoniosa y noble;
un primor de orejas grandes
y un proyecto de cola fina y circunspecta
a medio hacer.
Cuando el calor lo pastorea hacia la inquietud
desbocada del arroyo
-donde el agua construye sus jabones
efímeros de espuma-
arrastra toda su pesada majestad
a refrescar la epidermis arbórea de su cuerpo
y a satisfacer tanto la sed que le quema las entrañas
como la -no menos grande- de limpieza
que nunca lo abandona:
su trompa deja por un segundo
de medir el tiempo
y se encarga de diseñar los duchazos indispensables
a una piel que demanda ser lustrada
y brillar, con su arrugada pulcritud,

**en los claros de la selva rodeados de miradas.
Mas si de repente lo invade el deseo
y siente que su sangre
se incendia en la caldera de la brama,
sufre un insólito cambio de talante,
le pone pies alados a su olfato,
sus ojillos, nerviosos, se sienten prisioneros
de sus órbitas,
busca desesperadamente a una elefanta
y se encarama, todo urgencias, a sus ansias
soltando el aleluya del jadeo.**

**Si nos fijamos bien (y no fingimos
que “aquí no pasa nada” al advertir
el punto escandaloso
que se instala, flameante, en plena jungla),
vemos que el paquidermo desvergüenza
una porción del cuerpo endurecida,
como vara de tronco que, en moviéndose,
desordena el universo.**

**¿Dónde quedó su porte majestuoso?
¿Dónde su dignidad
de palacio sagrado en movimiento?
El elefante se arroja sin escrúpulos
y rasgando los velos de la estética
castidad cotidiana,
al mundo de lo extraño, lo asombroso.
en las inmediaciones, sí,
de lo ridículo.**

**Ay el sexo, el sexo,
siempre trae consigo el viejo escándalo,
los dulces, persistentes, excitantes
desfiguros de la naturaleza.**

Románticos

Encuentro

**Ayer, inesperadamente,
me tropecé en un punto del espacio
con tu sonrisa.
Fue un hecho -se diría- como otro cualquiera:
como el coyote que se sube al peñasco
de su propio aullido
o como el loro que parece dedicarse
a roer en secreto el diccionario.
Pero en el espejo de un escaparate
que estaba, todo curiosidad, junto a nosotros,
se reflejó el estallido fugaz
de mi sorpresa.**

**Un momento antes,
iba yo distraído, rumiando pedazos de nostalgia,
clasificando las nubes
de acuerdo con uno de los muchos criterios
que uso para ese menester.
Me detuve un momento
a secretarle una pregunta
a mi reloj,
y fue entonces
-en la entraña milagrosa de ese instante-
cuando, al oír su respuesta,
me tropecé con tu sonrisa.**

**No supe qué hacer. Aturdido,
sentí que la indecisión
me secuestraba los pies
y paralizaba las dos o tres palabras
que, muertas de ausencia, hubieran querido
salir en tu búsqueda.
Cuando volví en mí,
y quise perseguirte, correr a infierno traviesa,
ya era tarde.**

**No me quedó sino emitir un pequeño, redondo
y estrujante gemido.
Mas algo debió tener, sin embargo, mi reacción
de herido a mansalva por el destino,
porque al parecer produjo
un trastorno espiritual
en un pobre perro vagabundo
que, por primera vez en su vida,
vio con desdén un hueso,
se olvidó de olfatearlo
y volvió los ojos
azorado
hacia el fin del mundo.**

Guantes

**Mis manos no son especialmente friolentas,
ni se viven hablando mal del clima:
una buena circulación,
y un sol diligente en sus tareas terrígenas
se encargan de que se encuentren siempre
en alguno de los más acogedores litorales
de lo tibio.**

**Es más, cargan sin cesar en sus palmas
varios recuerdos:
el de otras manos
con la cóncava forma de lo inolvidable,
el de algún viejo frenesí
que recubrió sus palma con ajena
urdimbre de epidermis
o el de un seno todo generosidad
que dejaba mis dedos laboriosos
manchados de blancura.
Por eso no son especialmente friolentas,
ni se empeñan en esconderse bajo la frazada
de una temperatura confortable.**

**Pero hoy el clima, inesperadamente,
ha sufrido tal cambio de estado de ánimo
que ellas, con un temblor
de pájaros caídos en la nieve,
no saben en dónde obtener protección
o dónde reconciliarse con el mundo.
Intentan hacerlo en las bolsas
de los pantalones, al fondo de los cuales
hay unas pocas palabras amorosas.
Pero es inútil, porque el frío se mete con ellas,
con desplantes de intruso,
y prosigue sin piedad su labor de hostigamiento.
Se frotan una con otra
como dos leños prehistóricos
urgidos por el ansia
de traer el fuego
al mundo.
Se les ocurre también ascender a la boca
a pedirle al aliento
los suspiros de tibieza alada
de su vaho.**

Mas ni así.

**Por fortuna recuerdo
que alguien en mi pasado
-cuando mi corazón carecía
de escudos-
me regaló unos guantes de gamuza
que, si no me traiciona la memoria,
le prohibían el paso
a toda intemperancia del ambiente.
Corro, pues, en pos de ellos.
Asedio los rincones de mi sótano.
Revuelvo los cajones del ropero.
Busco en todos los sitios donde la nostalgia
podría ocultar sus jeroglíficos
y piezas arqueológicas.
Pero nada. El frío
se adueña no sólo de mis manos
sino que se asienta sin miramientos
en los suburbios de la añoranza.**

**Entonces reflexiono que aquellos guantes
tal vez, con el paso de tiempo, están cubriendo
los dedos –de aire sólo- de mi ausencia
en alguno de los muchos rincones
a donde indefectiblemente van a esconderse
las cosas extraviadas.**

Fiesta

**Esta noche
va a ser una noche de manteles largos
en mi casa.
En la mesa habrá dos velas**

que, desvelándose,
se desvivirán por dejar a la sombra
sin palabras.
El vino será blanco
para que el gusto se halle
como pez en el agua
y tendrá un sabor a vieja cosecha,
a olvidadas caricias
en pretérito perfecto,
Esta noche
va a ser de manteles largos:
echaré la casa por la ventana,
las puertas, las rendijas...
No escatimaré gastos
que de intención corrompan
a la austeridad
ni le haré concesiones a la prudencia.
La porcelana, las servilletas de lino,
y el tintineo feliz de los cubiertos
serán mis primeros invitados.
Todos los instrumentos de música
llegarán a la fiesta
con su papel pautado bajo el brazo
y un pequeño metrónomo en el pecho,
para instalar la atmósfera perfecta
de la música de fondo.

Esta noche, mi noche. va a ser
noche de fiesta,
de manteles largos,
de alegría sin freno,
desbocada,
porque vendrá a visitarme
por un segundo
un instante no más

**el recuerdo
del amor de mi vida.**

Lirismos

Lentes

**Gracias a estos anteojos
dejé de ser introvertido,
encerrado en el último rincón
de mi recelo.**

**Gracias a ellos escuché los cantos de sirena
del afuera, los fuegos de artificio
que ensayan un fugaz
derrumbe general del universo.**

**Debido a sus virtudes,
supe de los peces que endulzan
las aguas saladas,
de las aves que acercan a sus vástagos hambrientos
que pían en los nidos
sus picos embadurnados de estrellas
y de los turgentes senos
-que asoman su pudor por el corpiño-
de la vecina de arriba.**

**Gracias a ellos, el infinito
se ve ligeramente amenazado.**

Consejos para no ir al infierno

Hecho indiscutible;

**los poetas envidiosos se van a ir
al infierno.**

**La tristeza por el poema ajeno
va a ser castigada con lujo
de crueldad.**

**Y ay del que,
a la hora del examen público de conciencia,
revele que en su fuero interno
soñaba con anular a su colega,
tenderle una celada a su respiración,
regar aceite en alguno de los peldaños
de su escalera
y quedarse con todos los portentos
de su pluma.**

**Su castigo será
-el trompeteo del juicio final
lo dirá con todas sus letras-
pedirle perdón a su víctima
por los siglos de los siglos.**

**Mejor, hermano mío, vuelve los ojos
a tus manos,
escudriña la línea de la vida,
pasa lista a tus huellas digitales,
arma el rompecabezas de tu musa.**

Barco de papel

**La verdad es que me hice
del mejor papel para construirlo.
Nombré capitán a su velamen
y me pasé un buen rato dándole consejos
sobre estrategia y vientos alevosos.**

**Como timonel puse a una pequeña brújula
que, imán al fin,
ejercería su atracción
sobre el más seguro de los itinerarios.**

**Al hacerlo al agua,
y mirarlo, todo orondo, en alto charco
-cortando en dos exactas
mitades el espacio-
presumí que su viaje sería venturoso
hasta encallar en los abiertos brazos
del buen puerto.
Pero lo que no tomé en cuenta,
maldición,
es que el papel del que me valí
para traerlo al mundo,
poco a poco, humedeciéndose,
pasó a encontrarse en la sala de espera
de su último segundo,
hasta que al fin el charco,
voraz, abruptamente,
sintió urgencias de ingerirlo
y sólo por unos segundos
se quedaron flotando
menudencias de sueño sobre el agua.**

Violín

**Yaces en tu estuche de muerto,
los ojos cerrados,
como un enflaquecido despojo
que dejó a sus espaldas
los disonantes estertores
de la agonía.**

**Te tomo el pulso
-ahí donde la sangre
de tu sistema circulatorio
corría por tus cuerdas-
y ya ni siquiera escucho
los vestigios de tu último suspiro
en *decrescendo*.
¡Qué martirio!
Te has quedado sin arco, sin cuerdas,
sin violinista.**

**Tras el manotazo de la muerte
las notas musicales, asustadas,
han dejado los papeles pautados
convertidos en hojas en blanco,
partituras del silencio.**

**Me embarga el deseo de sepultarte,
como una infanta difunta
en una ceremonia noble y sentimental,
volverte a la madre tierra,
al calor subterráneo de su vientre
y ocultarte (bajo las paletadas
de mi marcha fúnebre)
de los vientos asesinos.**

**Pero mejor decido
arrojarte al fuego, incinerarte,
hacer que tu sustancia material
incorpore en el humo de las llamas
la esencia espiritual de tu madera.**

**Mas, ay, creo que me acerqué demasiado al crematorio
y como algo**

**muy dentro de mí
era inflamable,
sé que la incendiada herida
que llevo aquí en la entraña,
jamás accederá a la bendita cicatriz
de una ceniza
presta a volar y dispersarse
al primer sentimiento de piedad
que le naciera al viento.**

Poiesis

**Si a un hombre le extraemos
la saliva, que es el caldo de cultivo
de palabras y silencios;
el semen preñado de futuro
que pretende enmendarle la plana
a lo inmutable;
la sangre que se esconde de la intemperie
para no coagular su pasión;
y el llanto que,
cuando uno quiere desahogarse,
deja echa un asco de ternura la cara,
lo transformamos en ángel,
entidad que no sabe de defectos,
criatura oriunda de alguna de las provincias
de la perfección.**

**Si, por contra, en una operación taumatúrgica
de alta tecnología,
a un ángel le injertamos el deseo,
la poesía de la excitación,
los primores de lo prohibido,
el hacerse agua la boca de la tentación,**

**si lo obligamos a defecar diariamente
su inconsistencia,
si no sabe, en fin, qué hacer con las lágrimas
que se agolpan al borde del descaro,
lo reconvertimos en hombre,
en individuo obligado a cumplir su destino
con un itinerario de pasos en falso
sobre una tierra movediza.**

**Si, aprendices de brujo,
con nuestra vara de mago,
hacemos a escondidas
-en las catacumbas de la clandestinidad-
el portento inigualable
de convertir lo imperfecto en perfecto
y su pobre viceversa,
no hay escapatoria:
irrumpirá de pronto el Maestro,
le dará forma de látigo a su cólera
y, furioso, castigándonos,
despellejará de nuestras pobres manos para siempre
la destreza de hacer
los más simples y caseros
actos sobrenaturales.**

Electrocardiograma

**A decir verdad,
yo estoy con el corazón a las patadas.
No lo respeto,
he dejado de tutearme con él
y secretarle mis confidencias.
No admito su protagonismo
y su deseo de salir en la foto**

a como dé lugar.

Dizque identificado con el sentimiento

-amor, odio, nostalgia

y no sé cuántas lindezas de la misma estirpe-

el corazón es el perpetuo intruso

de la poesía.

Leed cualquier poema romántico,

escrito para ser leído

a las altas horas de la soledad,

y ahí está él, robando escena,

empleando el cetro de su tiranía

para masturbarse,

viendo al cerebro y a otras partes del organismo

con el típico desdén

con que la fama ve al anonimato.

Pero voy a contarles

que yo tuve, tierra adentro,

una niña muy novia que tenía

un corazón crecido

y el sentimiento enjuto.

Por eso la ecuación de igualdad

entre corazón y emociones

es uno de los engaños más repetidos

de la historia.

A decir verdad

el corazón no es sino una víscera,

una víscera que no tiene más prestigio

(en el muestrario de los órganos internos)

que los pulmones y el hígado.

Para olvidarnos de las idealizaciones

y simbolismos pedestres,

pensemos que si hay un transplante

de cualquiera de estos órganos

de un cuerpo que se despide de la vida

**a otro que aún tiene amoríos con el destino,
se sustituye lo averiado,
lo enfermo de inutilidad
por lo eficiente.**

**Lo mismo ocurre con el corazón:
su transplante
no quiere decir que haya traspaso
de emociones,
una reencarnación de sentimientos,
un traslado de la biografía sentimental
de un cuerpo a otro,
sino simplemente un trocar lo que se atrofia,
-reloj sin compostura,
pedazo de carne que aventaja
en llegar a la muerte
a lo demás-,
por algo así como un nuevo motor
diligente, cargado de energía
y con los pies hambrientos de futuro.**

**Él no es el interlocutor de las musas.
Ni la bola de cristal de las corazonadas.
Ni el misterioso lugar de lanzamiento
de papalotes místicos.
Llamar, con una sinécdoque espolvoreada de azúcar,
“corazón” o, peor aún, “corazoncito”
a quien se ama,
equivale en realidad a llamarle
“riñoncito” o “higadito mío”
y dejar empalagada la boca
la saliva
o la pluma que escribe tamañas expresiones
más con un almíbar a todo volumen
que con tinta.**

**También es falso que el corazón sea
el blanco o el lugar predilecto
de flechas que emponzoña la ceguera
del dios niño. Nada de ello.
Dicho con verdad, él es sólo una víscera
encargada de administrar
el ábaco de segundos y minucias de segundos
que forman nuestra existencia.
A veces se halla en plena actividad,
engalanando gerundios,
dándole rienda suelta a los afanes,
amarrando a los pies
su encrucijada de puntos cardinales.
Pero a veces,
-mientras se halla el pulmón
tramitando sus últimos
jeroglíficos de oxígeno-
la víscera proclama que, aun hallándose
en regla el pasaporte
para ir al más allá, sólo le falta
la visa de su síncope
cardíaco.**

JUEGO

**Hoy voy a jugar a que me deseas.
A que no sabes qué hacer sin mí.
A que te duermes a orillas del teléfono
como una mascota a los pies
de la tumba de su amo.
Voy a jugar a que se te corta la respiración
al verme cruzar por la calle
o por tu pensamiento.
Mi papel es la indiferencia,**

**cerrar los ojos,
ponerme a descifrar el interior de mis párpados
y pensar
que tu falta de peso,
tus ojeras,
tu palidez de fantasma prematuro,
se deben, bendito Dios, a que no puedes vivir
sin mí.**

**Voy a jugar a que me ruegas,
a que empapas de llanto el cuello de mi camisa.
A que me dices que por favor, que por favor
vayamos a la cama
como otras veces.**

**Pero, a mitad de mi empeño
de jugar a que me quieras, me desees
y no puedas vivir sin mí,
caigo en cuenta
de que, en mi juego,
te debería ocurrir a ti
lo que a mí me sucede
en el más burdo y patético
trueque de contrarios.**

NARRATIVA EN HAIKÚS

Para Carmen Pedrazzini

**En la laguna
El viento se desliza
como una grulla.**

**Sobre las piedras.
Caen las menudencias**

de las estrellas.

**Espejo de agua.
Narciso se halla y pierde
en sus miradas.**

**Mirada fija.
El doncel se hace Eco
de su lascivia.**

**La cabellera.
Se despeina la luz
en su cabeza.**

**Llega la ninfa.
Ya niña solamente
en las pupilas.**

**Salta Narciso.
Da con la transparencia
de su suicidio.**

**En la laguna.
El viento se desliza
como una grulla.
Sobre las piedras.
Caen las menudencias
se las estrellas.**

Quién me iba a decir

**Anda por ahí la idea de que el libro
va a ser muerto y sepultado
por la computación.**

**Que en un abrir y cerrar de ojos,
todo lo escrito para la imprenta
va a ser devorado por las fauces hambrientas
del punto final.**

**Que dentro de algunos lustros,
como quien dice a la vuelta del descuido,
poseer un libro empastado o a la rústica
será como tener ahora una cajita de rapé
(para fraguar estornudos donisiacos)
o la reliquia de algún santo
que le halló el pasadizo secreto
a no sé qué infracción
de las leyes naturales.**

**Se dice que desaparecerán los libros
pero no, cómo iba a ser, la literatura
y que –respiremos- no deben preocuparse en absoluto
ni Cervantes, ni Shakespeare,
ni el hai-kú de ayer a las once,
ni las bibliotecas que,
sospechando algo,
se mueren de temor, rechinan los dientes
y desconfían del polvo,
su fiel y sospechoso acompañante.**

**La historia al parecer no le hará una mala jugada
al jilguero que cargan al interior del cuerpo
los y las poetas.**

**Pero quién me iba a decir, Enrique,
que tú me ibas a salir conservador
en esto de los libros.**

**Y es que cómo te gusta llevar en las manos
-con el tacto lector en primer término-
una edición especial, un libro artístico,
digamos, de filosofía, poesía o erotismo.
Acariciar sus lomos,**

**sentir el ronroneo de sus sílabas,
saborear el perfume espiritual
de la palabra impresa,
hojear sus capítulos o cantos
como quien hojea los avatares
de la fantasía.**

**Tener un libro siempre a nuestro lado,
a la mano y al ojo,
designarlo libro de cabecera
que, noche a noche,
acompaña mis sueños de sus sueños.
Tomarlo de los dedos y sacarlo
a los cafés, los parques, los tranvías,
llevarlo bajo el brazo
o en la bolsa del traje.**

**El que intente quitarme este deleite,
esta necesidad, esta adicción,
se las tendrá que ver
con mi puño de pocos amigos
y si insisten...
yo sé que hay muchos como yo
dispuestos a llegar a las manos,
los revólveres y la rebelión
para que los libros y nosotros
sigamos intercambiando palabras por miradas
por los siglos de los siglos.**

Cómo hay que pedir perdón

**La mejor manera de pedir perdón
es arrodillarse,
hacer que el arrepentimiento se maltrate
con el flagelo de la culpa,**

maldecir el deseo
que sospechosamente siempre olvida las riendas
en el cajón del descuido,
poner en cuarentena las justificaciones,
desnudar la intención
y no tener piedad por uno solo de los átomos
del alma.
Si el perdón, arisco,
sordo hasta la vesania, no se digna
a hacer acto de presencia,
no queda más que recorrer, brújula en mano,
nuestro propio *via crucis*
y cantar el *mea culpa*
al ritmo del ni modo.

*La oscuridad del silencio y una breve
observación heresiarca*

La lámpara es a la oscuridad
lo que la campana al silencio:
cuando acciono el encendedor,
y un corro de luciérnagas
se convierte en juego artificial,
la oscuridad corre a esconderse
en los ojos de los ciegos.
Cuando hago sonar la campana,
y el badajo pierde por un momento
la razón,
el silencio sale en estampida a refugiarse
en los oídos de los sordos.

Los ciegos y los sordos
pobres criaturas

**dejadas de las manos de Dios
son la prueba racional
de que el sumo Hacedor
tiene, de necesidad, que ser Manco,
y Sordo y Ciego,
y si unimos todas las piezas defectuosas
del invisible rompecabezas,
Inexistente.**

Estética

Para Lucero Balcázar

**Las palabras-flores se nos marchitan
en el tallo del cuello**

**Las alocuciones decentes
muy acá
que crecían en el jardín del romanticismo
el modernismo**

**y los Contemporáneos
están agusanadas y huelen
¡alguien tiene que decirlo!
dulcemente a carroña.**

**De Octavio Paz no quiero hablar
porque ¿quién soy yo para regatearle perfecciones
a la Divina Providencia?**

**Pero estoy en contra
de que los poetas prohíban la entrada en su imaginación
a las palabras-verdad
las majaderías
los gritos de la carne viva.**

**Las vocablos
nalga**

vagina
envergadura
semen
orgasmo
y desde luego chichis
no se esconden en el closet del eufemismo.
Quien dice *pompis* o *bubis*
pertenece al Partido de Acción Nacional
o está a punto de hacerlo.

Tríptico del Príncipe

Teología

**Eres de luz, sombreado de egoísmo,
Señor de la lujuria y la indecencia,
retaste al infinito y tu sentencia
fue caer y caer en el abismo.**

**Quisiste destruir el mecanismo
del poder celestial y tu impotencia
dejó sólo un puñado de insolencia
flotando ante el alud del atavismo.**

**Tu orgullo en armas se quedó en deseo
tu elegancia en las tristes actitudes
que no corrige el grávido aleteo.**

**Se caen de tus manos, como alhajas,
Todas tus cualidades y virtudes.
Y hay que contar el cielo entre tus bajas.**

Teología y Modernidad

**No existe, no, el demonio. No hay un ente
que avance trampas, fije ratoneras
para los pies y trace las ojeras
que subrayan las cuitas de la gente.**

**Al pecar, esa mancha de la frente
no es ceniza infernal, ni las arteras**

**promesas de saliva, lisonjeras,
hincan en nuestras vísceras su diente.
A Dios no le conturba dicha ausencia,
nada de Mefistófeles embarga
a la divinidad y su excelencia.**

**Demiurgo de Luzbel y sus arcanos
de tortura sin fin, el hombre carga
llamaradas de semen en sus manos.**

Modernidad

**Muere Luzbel y síguelo el infierno
al soplo huracanado de la ciencia.
No deja más que azufre y la insistencia
de la espiral soberbia de su cuerno.**

**Pero también a Dios llega el invierno,
los años, el final, la inexistencia
y sucumbe por fin a la apetencia
de una nada en consorcio con lo eterno.**

**Dios y demonio se hallan, sepultados
en el mismo ataúd, entrelazados
bajo el signo mortal de su miseria.**

**Si en un juicio final se abriera un día
su féretro común, se advertiría
un más allá enterrado en la materia.**

A Carmen de la Fuente

**Fiel a tu nombre, Carmen, interpretas
el rumor de las flores y el riachuelo,
pastoreando tus rimas bajo un cielo
que también lo hace así con sus cometas.**

**Señora de la cítara sujetas,
al son de tus palabras, el desvelo
del oído y encarnas el modelo
de envidiable poeta entre poetas.**

**Fiel a tu nombre, Fuente de lirismo,
le cantas a la cumbre o al abismo,
mas te centras en ti, tu íntimo tema.**

**Por tus cármenes, Carmen, con la historia
de una Fuente sin fin, sé que la gloria
rubricará los pies de tu poema.**

EL ARBOL Y LA CALANDRIA

Soy un árbol añoso, fatigado,
entrado ya en inviernos,
que está preso de arrugas
en su tronco,
sus ramas,
sus blasfemias
su romperse la crisma en las paredes...

Soy un árbol melómano que presta,
con todos los oídos del frondaje,
su atención a los céfiros que pasan,
para hacerse de alguna melodía,
recortarle las alas, extirparle
los pedazos de cielo
que en la piel se le quedan,
y hacer así que siempre esté a mi lado
viviendo del alpiste de ese gusto
que almaceno en la jaula de mis tímpanos.
Soy un ser vegetal que, todo oídos,
se pasa día y noche,
con la luz y la sombra a manos llenas,
espigando en el viento que me roza
cantatas, oratorios, sinfonías
y canciones minúsculas que caben
en el tronar de dedos de los novios...
También amo el silencio, el inconsciente
oculto de la música,
la almendra del sonido,
la amnesia de la flauta o del oboe,
la pausa que se toma la armonía,

en la meditación de un instrumento,
para dar con la forma del siguiente
entusiasmo sonoro.

Es así que, al sentir que algo se posa
en una de mis ramas
(revoloteando en torno de su propio
corazón inspirado
como el trazo de un círculo que bate
sus invisibles alas
alrededor de un punto)
y al mirar que es un pájaro que llega
con un impresionante repertorio
de cantos y cantigas a pararse
en diversos lugares de mi fronda
—como lo hace la rima, pavoneándose,
en la punta del verso—;
y al sentir además que en esa escala
de seda de sus trinos, me sorprende
cómo se continúa un cuerpecillo
de calandria en un gran chisporroteo
de notas musicales,
y al decirme, por último, orgullosa,
que la flauta de pico de su pico
no es sino un instrumento
musical de caoba ejecutado
por el extraordinario virtuosismo
de su entraña,
percibo que me nace,
me absorbe, me hace suyo
—lo digo con fanfarrias de vocales—
el amor de mi vida.

Al llegar a este punto,
al rincón más glorioso del instante,

estando distraído, con la mente
haciendo un inventario de las nubes
y viendo a mis escudos
cubiertos por el polvo del desgano,
la pátina nostálgica de lo ido,
advierdo cómo esta ave es un incendio
de belleza por donde se la mire
—por el pecho, las plumas, los colores,
los breves movimientos con que ordena
en el aire su gracia
o el árbol invisible, inmaterial,
del trino que le nace, le germina
de la semilla alada de su cuerpo...
Hermosas son sus alas:
cada una es la mitad
de su afán de aventura,
y las dos, la emplumada habilidad
de eternizar un salto y su minúscula
bocanada de oxígeno.
Sus suspiros (esbozos,
pellizcos de aire, trenos
en clave de nostalgia y luna llena)
emanan de la herida que carga, palpitante
a la mitad del tórax,
picoteada quién sabe cuándo y cómo
por una ave maligna y perniciososa,
un buitre adelantado,
y no sé qué perversos
procesos naturales.
Qué mejor, sin embargo,
que deshacer el nudo en la garganta
para volverlo el hilo de una voz
que tiene frente al pico el reto siempre
de su papel pautado....

Desprevenido, absorto,
sin los tercos erizos del escrúpulo,
mi corazón, mi sangre, mi alma toda
se enamoran del ave como el junco
del perfume que emana del naranjo
que tiene hasta sus hojas enmieladas,
como manos de niño,
de su viajante esencia,
como la alcoba oscura
de la pequeña lámpara
con la que en era noche se arrepiente,
como el poeta sordo, del poema
que le lleva al balcón la serenata
de sus mejores rimas.

Ella me ama también.
Lo sé porque al besarme
me abre de par en par una rendija
por donde puedo ver la intimidad
de su cuerpo, sus vísceras, su sangre.
Lo descubro en la forma en que sus ojos,
cuando no estamos juntos,
me inventan a las doce de la noche.
También en que le salen de la boca
jirones de mi nombre cuando vuela.
La miro complacida al darse cuenta
de que será besada y abrazada
por multitud de ramas amorosas,
barnizadas de tacto,
pues más que savia siento que me corre
por adentro caudales de libido.

Mas de repente advierto
que oscila la cabeza mi calandria,
la vuelve a un lado y otro

llevada por la brisa del deseo
o la curiosidad
que, a la mirada en punto, carga un fardo
de innúmeras preguntas.
Veo cómo se pone bajo el brazo
un punto cardinal, sea cual sea,
arroja sus pupilas a los bordes
de alguna lejanía,
de un punto que se oculta
en no sé qué lugar del infinito,
y empieza un aleteo
que juzgo amenazante y ominoso.
Por horas hechas siglos se me oculta
en un arrugamiento del espacio.
La doy ya por perdida.
La herida se me infecta y me supura
por ahí el abandono...
Levanto en mis entrañas el castillo
de arena con que pido que regrese,
mas sólo quedan en mí tras el derrumbe
la columna angustiada de un espectro.
A mi angustia la llamo
mi pan de cada día..
Qué plegarias sin Dios hay en mis labios.
La palabra suicidio se me llena
de minúsculas de flores.
No dejo de llorar hojas y ramas
y aquello que a los hombres les escurre
del ojo a la mejilla
cuando alguien en su pecho les exprime
un paño de tristezas.

¿Cómo es posible, digo, que mi amor
se me pierda en no sé qué punto ciego
de los ojos? ¿En dónde, insisto, en dónde

—oh ciudadana de la lejanía—
desgranarás segundos de existencia
aguardando un silencio, ave canora,
más intenso, en tu caso, más intenso
que todos los demás, que sólo tienen
la música mediocre y cotidiana
de su respiración?
¿Cómo es posible, rujo,
que yo me muera aquí,
estrechando en mis brazos sólo el hueco
de mi ausente calandria,
sufriendo la agonía de un pronombre
hérfano, solitario,
con ardor de vacíos en el pecho
y sabiendo, mi bien, que las caricias
se hacen polvo en las manos con la ausencia?
Aquellos que nacieron para ser
el amor de su vida, deberían
morir cuerpo con cuerpo,
suspiro con suspiro entremezclados,
compartiendo a dos manos
el último segundo.

Estos amantes deben,
al llegar al compás de su postrer suspiro,
desbaratar distancias
y lanzarse al allende, recubiertos
de idéntico sudario
que anuncia entre la trama de sus hilos
los primeros gruñidos que producen
las larvas de ultratumba.

Al encontrarme así, con la ilusión
en franca bancarrota,
reaparece de pronto mi calandria,

volando alrededor
de mi mejor vivencia.
Miro entonces mi yerro y mi estulticia:
su alejarse no fue sino apariencia,
un engaño del ojo y el oído:
ella revoloteaba sobre el eje
sólo de mis temores.
Y se vuelve a mi fronda
y a su sitio en la rama reservado
a lo mejor que tengo de mí mismo.
Retorna hacia mis brazos,
a verme y a abrazarme y a besarme
como ayer, como siempre y para siempre,
y es que somos, bien mío,
un amor en su más alto volumen,
en fortísimo de alma.
El amor de la vida, lo juramos,
del uno por el otro y viceversa
por los siglos y siglos de los siglos.
Y un sentimiento así
—mandemos al demonio la razón,
asfixemos lo efímero y su pronta
sumisión al zarpazo inexorable,
hagamos, aleluya, la apoteosis
de este deseo sin fin— merecería...
o merece, mejor, para decirlo
en el tiempo verbal
que sirve de vehículo al deseo,
e par de las fauces sanguinarias,
hambrientas y fatales, de la muerte.

Por eso, mi calandria,
te invito a conspirar.
A tener cuchicheos clandestinos
Hay que hacer del amor una trinchera.

Catacumba del caos, entropía
gestada en la cajita
de música electrónica
que es cada corazón de estos amantes.
"¿Sabes anatomía?
¿Conoces dónde están los pies de barro
del tiempo?" Prepare mi vida.
Dejemos al cuidado del demonio
todos nuestros escrúpulos.
Juguemos a las cartas con el tiempo
en la conciencia, amor,
de que le haremos trampa.

Acércate hacia mí, ven a las letras
con que mi boca se halla construida.
Pon en el corazón de este árbol viejo,
vencido a las vencidas por los años,
todo el revolotear de tus oídos,
porque, mi bien, te invito a presenciar
la ejecución del tiempo, sentenciado
a la pena de muerte por nosotros
enseguida a asistir a su velorio,
y a meditar allí que en un futuro
escondido a la vuelta de la esquina,
caerán sobre sus restos malolientes
los sublimes gusanos de lo eterno.

DEFINICIONES

LA QUIMERA

Nadie lo ignora:

Rocinante no sabía leer.

Tenía pestañas (y muy bellas, por cierto)
pero es más que dudoso que alguna vez
se las haya quemado.

La caballeriza,

donde despilfarró su niñez y adolescencia,
se agitaba bajo la ventanilla

de la biblioteca de su amo,

y aunque el jamelgo escuchó la lectura en voz alta
de los libelos de caballería,

discernió suspiros de entusiasmo

e imaginó los actos de ensillamiento del delirio,

nunca se imaginó lo que se estaba fraguando
en el caletre de su dueño,

tan misericordioso como justo:

Mesías reencarnado, Cristo andante.

Pero cuando se oyó llamar por su nombre

y cayó en cuenta de que tal significaba

Rocín andante o, si se quiere,

Quijote caballar,

frunció el entrecejo,

hincó las espuelas en sus neuronas

y soñó con galopar hacia los campos

de su propia locura.

No sabía leer,
pero era experto en escuchar,
en quedarse rumiando las palabras con sabor
a yerbabuena y agua limpia,
y hacerlo con el deleite
del que va por los caminos
llevando toda la sabiduría del mundo
sobre su lomo.

Cuando Don Quijote se puso en marcha,
y la imaginación se hizo epidemia,
el sueño de su amo se le contagió al corcel,
y no pocas veces se imaginaba luchando,
a pezuña partida,
contra vestiglos y follones del género caballar:
caballos que rascaban el cielo
(como el caballo de Troya)
o que servían de cabalgadura
a feroces gigantes que lograban, erguidos,
adornarse con pelucas de nubes
mientras sus patas se perdían
en el lodazal de cualquier ignominia.

Rocinante, la réplica caballar de su señor,
no gozaba, cierto es, de una figura alegre;
sus ancas no eran curvadamente mórbidas,
sino flacas y entecas,
con los huesos pugnando por salir a la intemperie
—como perchas para colgar miradas—
bajo el torpe encubrimiento de la carne.
Cuando al jamelgo y su jinete
se les divisaba pastoreando los aromas
y los polvos de Sierra Morena,
la gente gritaba: "miren, por ahí se divisa,
con su rítmico trote de vihuela,

el *Centauro de la Triste Figura*".

Mas el rocín no sólo tenía en común con su amo
la desgarrada efigie
o el destino magullado,
sino los ímpetus, que iban, sudorosos,
tras los talones de su quimera.
Al triscar por los campos,
reconociendo los andurriales en que andaba
por las bocanadas de polvo,
él también colocó en el santuario de su pecho
la imagen de su yegua sin par
y bienamada.

Mas Rocinante carecía de las agallas de su dueño.
Para él, con la libido exaltada
y hostigado por el fuste del deseo,
fidelidad era sinónimo de imposible,
cuento de hadas para el potrillo núbil
que llevaba en sí mismo.
Así, cuando tuvo lugar el deplorable encuentro
con los yangüeses,
él fue el culpable
de que (por carecer de riendas interiores)
con aquel trotecillo lujurioso
que iba en pos de las jacas insinuantes,
se iniciara el desaguisado,
una más de las aventuras programadas
por el vestigio de nunca acabar
de su destino.

Mas también, cuando Don Quijote, de pie sobre su cabalgadura,
víctima de las malas artes de las damas palaciegas,
tenía apresada la mano en el hoyo
que su juicio mudaba en ventanilla,
Rocinante, al sentir el caracoleo de una yegua,

se turbó, le dio coces a su mansedumbre,
sintió fluir la sangre en turbión concupiscente
y se fue tras de su presa,
haciendo que Don Quijote,
resbalase de la silla
y quedara colgado a unos centímetros del suelo,
sometido a la cósmica tortura
de un espacio infinito.

Pero Rocinante estaba en lo suyo:
las historias de caballerías,
proezas y heroísmos
que salían, como vaho fabuloso,
de los labios de su insólito jinete,
le sabían a miel sobre hojuelas,
agua fresca a la vuelta de la sed
o pastura indefensa movida por el viento.

Para urgir a su señor, a Sancho Panza
y a sus propias pezuñas
a salir otra vez a recorrer el mundo
y dar preludeo a la tercer salida,
se puso Rocinante a relinchar,
a poner en los tímpanos del atrevimiento
el polvo de futuros derroteros.

En captando el Quijote ese relincho,
lo oyó con deleitación, como música
bajada en contrabando desde el cielo,
y le pareció de buen augurio,
como clarín moral
que llama a los deberes.

Después de que tomó a su casa Don Quijote

(o de que, para morir, volvió
a Alonso Quijano,
su aposento más íntimo)
y después de que Sancho murió
no de días,
no de años,
no de enfermedades,
sino de tristeza,
el anhelo, la obsesión, el ideal de las caballerías
se fue a refugiar en Rocinante
hasta el día de su muerte;
mas ¿podía hablar de ello?
¿propagar la idea?,
¿realizar las hazañas de un caballero
siendo sólo una cabalgadura?,
¿iba a poder hacerlo
con la pesada albarda de años
que llevaba encima? Imposible.
La quimera, que ayer iba diciendo
con su puño en alto
lo que a su corazón le sucedía,
ahora agonizaba,
dando a torcer su brazo,
sus sueños y sus ímpetus.
Él era sólo un rocín,
la cabalgadura de un sueño,
el pedestal olvidable de lo intemporal,
era sólo Rocinante,
un rocín que no sabía leer ni escribir
y a quien tampoco se le daba
aquello de los hablares y decires.
Pero –también hay que asentarlo– era un jamelgo especial
en la caballada del universo mundo;
se hallaba siempre listo para nuevas salidas
–con sus riendas, espuelas, aparejos

y, más que nada, una luz a media frente—
por si resucitaba la justicia
y se quería lanzar de nueva cuenta,
por los siglos de los siglos,
a desfacer los entuertos
que allá muy en el fondo
las manos de Dios
perpetran en el mundo.

BATALLAS CONTRA EL CIELO

Homenaje al gran poeta Ramón Martínez Ocaranza

I

Desde la torre
a la que se encaraman nuestras preguntas,
y nos proporciona un modesto
don de ubicuidad,
o desde la atalaya,
donde todo vigía,
con airones de cielo golpeándole las sienes,
se metamorfosea en el mítico Argos
que poseía tantos ojos como los ojos miradas,
dámonos cuenta
de que lo que se llama salud,
sí, eso, la salud...
brilla por su ausencia
o es una de las palabras que en el diccionario
pierden, borrándoseles, un sentido
que se deshace en pequeñas esculturas
de silencio.

La salud.

La armonía y contrapunto de los órganos internos,
los madrigales de oxígeno cantados a los pulmones
por la sangre,

el buen humor en cada glándula,
el placer sin cielo nublado,
la esperanza colonizando todos los matices de su
verde, sólo existen, sólo, en la materia gris de
nuestro sueño, en las vísceras que aúllan a la luna,
en los tristes rugidos de la tinta.

II

Señora podredumbre,
pastora de estertores,
corto circuito que ennegrece la entraña
de cada célula,
la enfermedad, en amores ilícitos con la palabra siempre,
es el tiempo herido que se implanta en todo pedazo de
carne, mandato inexorable de una ley
que juega a las vencidas con la parte
más débil del destino,
el "hágase la oscuridad" que dijo el Hacedor
al dejar caer de sus manos generosas
menudencias de vida.

La salud, fugaz,
con pasos asustadizos de gacela en el cuerpo,
se identifica a veces,
sólo a veces,
—si la providencia se descuida—
con el pequeño que sube al techo de su casa
a clasificar las nubes,
el zapatero que compone, remienda, mejora
multitud de caminos,
el vendedor de globos que pasea su sistema planetario,
y su rechinante música de las esferas
por el parque,
o el poeta que logra darle eternidad a un árbol
cuando inscribe en su tronco sus mejores palabras;
pero acampa ahí
solamente lo que dura
el instantáneo día con que el fósforo

puja por destruir la noche entera.

Es sólo, casi siempre, la salud
un cuento de hadas...
pero de hadas
famélicas, tísicas,
agonizantes;
es sólo la tonada que se eleva
de un cáncer que se lame las heridas,
o de la fiebre candorosa que da de bruces
con los números caníbales
que suelta el calendario.

Es sólo un surtidor de ficciones
contado por un seno que da pus
en vez de leche.
Sólo el brochazo anímico de un suspiro en el aire
o el charco de nostalgia a medio pecho
nacidos al sentir que,
destetados,
vivimos,
viviremos,
amputados de madre por los siglos de los siglos.
Es sólo la acerba canción
que brota de un pulso acurrucado en su fatiga
o de unas llagas que, desde su úlcera,
su mueca,
su sonreír perverso
vomitan sus aullidos mezclados
con letras malolientes.

III

Tú lo sabes, Ramón.
Todo lo que nos hace, lo tenemos enfermo.
De la cabeza a los pies, no hay una sola célula
en que el caos no se halle jugando a los dados
con los genes.
¿Las manos? Sí, las manos.
Las *manos* que van a paso veloz,
macilentas,
hinchadas
–con la artritis
culebreando en los dedos–
a tornarse molusco
de ademanes ignotos.
Las manos afiebradas,
indolentes,
enarbolando puñados de pereza,
producen en el yunque
el canto de cisne del martillo,
o consienten que la página en blanco
–con toda su imaginería subcutánea–
levante la voz y vuelva las palabras
un hato de estridencias.
Las manos medrosas, haraganas,
conformistas,
amnésicas de puño,
que dejan de blandir hasta el pequeño
canto de guerra
del gruñido.

Los *pies*, también insanos.
Lo evidencia este enterrar,
con nuestras fuertes pisadas,
todos los caminos,
los espacios que olfatea la brújula,
los itinerarios al oxígeno...

Las *piernas* tampoco nos auxilian
en este sumergirnos sin fin
en la tierra movediza de la cama
de enfermo,
sin recibir la ayuda, el esbozo de mano,
de alguna de las plegarias
arrodilladas en su propio clamor
o de los puños delirantes que colocan
sólo por un segundo su blasfemia
a las puertas del cielo.

Ramón, qué duda cabe: ahí en nuestra *materia gris*,
todos los silogismos nacen con migraña
y los axiomas (charcos enjorjados
por el agua bendita de la transparencia),
pierden el sentido,
invadidos de sanguijuelas,
crucificados en su propia asfixia.
Qué de descomposturas padece el hipotálamo.
Qué hemorragia de guarismos sufre el lóbulo central
de las meditaciones,
cuántas elegías de los triángulos se desmoronan
en geometría gangrenada,
qué de cráneos, como el de Job,
se encuentran infestados de imprecaciones,
oraciones encabronadas,
bramidos arrodillados
en su propia impotencia.

Bien lo dijiste:
"la preceptiva del blasfemo"
se pergeña con llanto...
y las lágrimas se enturbian al sabernos
punto insignificante
en el cosmos de la indiferencia.

Y también padecemos del *corazón*
que deambula, pisa firme,
da traspiés, y anda de soplo en soplo,
con el auxilio
de la andadera de su tiempo.
En el púlpito blasfemo de la entraña,
arrebata el micrófono,
dice de la vida y la muerte,
se encarama al peñasco de un orgullo
o se muere de miedo en el barranco
de su fragilidad
al escuchar en el aire o en el ámbito
interno de su oído,
la corazonada de su propio derrumbe.

IV

La *familia*, que ayer fue el hogar, dulce hogar
de los consortes que,
en su luna de miel con la superchería,
la soñaron el regazo colectivo en que descansan su cabeza
todos los familiares,
ahora –cuando ya no perduran de la marcha nupcial
sino dos que tres rechinidos–
deviene madriguera,
cubil de alimañas que gritan su parentesco
en su análoga forma de gruñir, parpadear odio
o tirar tarascadas.
Los *padres*, las manos ensangrentadas,
acarician a sus hijos,
y les pintan de rojo sus rencores.

Los hijos
–los que, en accediendo al mundo,
trajeron la quijada de burro bajo el brazo–
se miran de reojo.
Las *madres* instalan y perfeccionan
talleres de costura y castración.
Los *novios*, *los esposos*,
se transmiten sin fin enfermedades
al tomarse las manos,
al escribirse cartas amorosas
o al intercambiarse, sudorosos, las entrañas.
Tras la breve temporada
en que acamparon en las goteras del paraíso,
y guardaron la palabra paz bajo de la almohada,

ahora sienten en los labios el aleteo
de ósculos putrefactos,
sienten la picadura de los celos,
tienen como su libro de cabecera la desconfianza,
fraguan la coronación del odio
y arrojan, ay, jirones de terneza
al cesto de basura.

A fuerza de neuralgias
(de guillotinas lentas e invisibles)
la *sociedad* pierde la cabeza,
se deshace la frente en todo muro
y sigue, manos a la deriva, su camino.
Su peor dolencia: el *individuo*.

Caín alzado en armas contra su corazón.
Salto vertiginoso hasta la altura
de su propio mareo.
El individuo: ente desorientado
que deshoja los pétalos de una brújula
para saber a qué punto cardinal habrá que dirigir
la proa de sus propósitos.

En los *templos*, los mármoles hincados de rodillas,
ven al incienso manipular los pulmones,
a la pila de agua bendita
calmar la sed de los demonios,
y, en medio de un viejo órgano
que carraspea expectativas,
a la divinidad siendo un Saturno que comulga
con el cuerpo y la sangre
de sus hijos.

En la *escuela*
la asignatura base es la resignación.

Los estudios especiales: ir perdiendo paulatinamente la vista.
Los superiores: el arte de la genuflexión
o la maestría y el doctorado
de doblegar la cerviz apenas se oye
la misérrima voz, la vocecilla
del tronido de dedos.

Qué de dolencias, parálisis, convulsiones,
chapoteos en la propia hidropesía,
aquejan a la *historia*.
O corre a tiempo traviesa,
en propulsión de flujo sanguíneo,
transformada en estampida de sucesos,
o se moviliza con un tiempo entumecido,
congelado en rutina,
como tempestad en silla de ruedas,
o río al que se le ahoga la prisa
y pesca en el remanso
la solidez compacta de su cauce.
¿Qué son estas fístulas? Producto de la historia.

¿Qué son estos alacranes que corean el padre nuestro? Producto de la historia. ¿Qué, estos libros sagrados que huelen a magnolias podridas? Producto de la historia. ¿Qué estas manos que, como rosas purulentas, se hallan en la punta de mis brazos, se miran de reojo y se dan dentelladas en pugilato fratricida? Producto de. Producto de. Producto de una historia que es sinónimo de peste, de ángeles enlodados barridos por la escoba, de sórdidos clamores que preguntan, a mitad del camposanto, si sobra un sitio para enterrar trozos de tierra muerta

o pedazos de cielo putrefacto.

V

La enfermedad se enseñorea en todo...
Hay grutas catatónicas,
a un milímetro sólo de decir
una enorme, profunda, espectacular palabra
que nunca llega,
lagunas introvertidas,
que hablan de vez en vez
con las sílabas húmedas y verdes
de sus ranas,
vientos tuberculosos
que tosen en las rendijas de las puertas,
bosques incendiados
por la fiebre surgida en algún punto,
caracolas con bulimia del mar
y anorexia de sus inmensos límites.

Y en ese momento,
tú,
que das con los vasos comunicantes
entre el horror y la poesía,
entre la tendencia al derrumbe
y las palabras alpinistas,
das testimonio
de que los esfuerzos para salir del ergástulo
se hallan, carajo, agusanados,
con un desmoronamiento de músculos
al interior de nuestros cuerpos.
Por eso, oh Ramón,
qué razón tienes

al cantar o gritar o deshacerte en alaridos
cuando tropiezas con la patología del ser.
Qué razón tienes al denunciar
los vocablos tramposos que se cubren
con adjetivos de bisutería.
Y aunque los feligreses, de tanto santiguarse,
construyan un santuario a medio pecho,
qué razón tienes al llevar a tu lira,
a esa lira feroz que hay en tu entraña,
la enfermedad Terminal
de todo lo que se halla conjugado
por el verbo morir. Por ese verbo.

Qué razón tienes, oh poeta, al vislumbrar
que los puntos cardinales
son los cuatro jinetes del Apocalipsis.
O al descubrir
que detrás de la danza ritual de las libélulas
hay purulencias en el aire,
y en los abrazos de los amantes
se incuba la enfermedad venérea de la posesión.
Por eso, tras de describirnos el infierno ambiente,
tienes los ojos y los pasos y los versos
y la mano tendida
para ser el Virgilio
de todos tus lectores.

Tu voz arrebatada al cosmos
–como un Job arrepentido
de su gangrenada mansedumbre–
hace el diagnóstico implacable, feroz, de lo que ocurre:
hablas de los errores, averías, sinsentidos
en la ingeniería cósmica,
de la patética bacanal de los condenados a muerte

y de las manos sucias del Creador
que simultáneamente a la existencia
nos produce el contagio de los peores
males imaginados.

Sólo así, reconociendo con valentía,
sin concesiones,
el profundo e insondable desarreglo que nos forma,
la programación patológica en que andamos,
no en una parte, sino en la plenitud de todo,
podremos hallar,
dar con,
inventar el camino, la luz, la curación
que pareciera esconderse, esfumarse, confundirse
con cualquier aleteo de la nada.

Nos convences: la terapia es proporcional al diagnóstico,
y sólo así, cantando como cantas,
escandalizando como escandalizas,
incomodando como incomodas,
mostrando que todo ángel
es la idealización de un papalote.

Sólo así.

Sólo así podemos emprender el camino de la lucha
contra la diabólica desolación que nos conforma,
y a favor, si no de una beatitud
que merezca el aplauso de los querubines,
sí de un sufrimiento en su nivel humano,
en la triste y sublime finitud en la que andamos,
o de la luz que sale a escena
sacudiéndose el lodo en que se hallaba...

Pero sabes, Ramón,
aunque hables y hables de monstruos,
blasfemias,

desconsuelos,
guerras mundiales dentro de los puños,
follones que se multiplican geométricamente,
nuevas y nuevas ediciones del apocalipsis,
no nos engañas. No sabes hacerlo.
Porque todo lo que dices, todo,
tiene en los pliegues más sensibles de tu entraña
su fuente, su cantera de ilusiones,
sus metrónomos de nunca acabar...
Cuánta rabia, Ramón, sale de tu boca.
y cuánta ternura, ay,
derraman tus silencios.

Doy aquí entonces fe que a tus lectores
(a los humillados y ofendidos que haces tuyos
tras de arrojar tus redes metafóricas
y enseñarles la cara oculta del gemido),
les obsequias en tus obras, tus versos, tus pedazos de lengua,
un predio real
(ojo con esto:
sin mentiras,
sin los artilugios de la retórica)
en la esperanza.
¿Un predio en la esperanza es decir poco?
Es regalo de dioses.
Presea de infinito.
Arrojar a un museo
toda la colección de enfermedades
que le dan al infierno ubicuidad.
Bien que sabes Ramón,
y todos lo sabemos, tras de bañar los ojos
en el canto, de infinita dulzura, que está tras de tu canto,
que para abrir la puerta
hay que romperse los nudillos

porque sólo es posible contemplar el cielo
cuando se toca fondo.

EL SONIDO Y LA FURIA

El hombre no existe.
Los antropoides, nostálgicos,
dieron a luz criaturas con máscaras lampiñas
y cuerpos con carne abotonada.
No existe.
O, para no dejar el micrófono
en manos de la hipérbole,
sólo se le vislumbra,
o se prefigura,
o es el lejano rumor de...
en aquellos que, en un juego de manos,
sacan a la intemperie el corazón
transmutándolo en puño.

Hay gruñidos por todas partes:
se ocultan en algún poro del suspiro,
se leen entre líneas
en el pentagrama,
son el esqueleto de lo que dices,
el murmullo que se oye en el horizonte...
El hombre, lo que se llama hombre,
brilla por su ausencia,
se le quedó entre los dedos al demiurgo
o se halla en la mirada perdida hacia adelante
de un proyecto.
Carajo, qué tipo de hombre podemos ser
si estamos desterrados de nuestra propia esencia

o habitando una carne,
una galería de sensaciones,
que es incapaz de sacudirse
el lodo de su hechura.

Nos falta tanto:

torcerle el brazo al tiempo,
nadar a contracorriente
para llevar en los despiertos
ojos el futuro.

Hay que hacerle un injerto de silogismos
al corazón.

Hay que cantarle canciones de cuna
a nuestras zarpas.

Hay que llevar al diván o a la camisa de fuerza
la saliva psicógena del hombre
contemporáneo.

Hay que humanizar sus neuronas.

Hay que.

Somos la peor de las especies animales.

La bestia de carga
de nuestra propia sinrazón.

El capítulo más negro de la zoología.

Tal vez tenemos todos
los órganos internos apresados
por la telaraña de la brutalidad
que nos conforma.

No hay animales (leones, osos, coyotes)
que, al matar a una de sus presas,
hagan sádicos carnavales de sangre
a medio pecho.

Ningún depredador
se pone a escuchar con deleite
los quejidos de violoncelo herido
del antílope moribundo.

Su ley, su patrón instintivo,
es, sí, la lucha por la existencia
y buscar su alimento cotidiano
por todos los rincones del deseo.
Pero qué maravilla es descubrir de pronto,
cuando la madre llovizna sus dedos
en la frente de su cría,
una garra moldeada en la ternura
y a punto de ser mano,
o las húmedas caricias de la lengua
que dan su bienvenida de rocío
al cachorro que nace.

En cambio, nosotros,
la supuesta cúspide de la evolución,
¿cómo vamos a ser hombres
si no sabemos detener las catástrofes que brotan
de las cloacas cerebrales
de un demente?
El tirano del norte se halla enfermo.
No de cáncer o sida.
Enfermo de arrogancia y de misiles.

Tiene bulimia de petróleo.
Padece la angina de pecho
de la prepotencia.
Se ahoga en su propia saliva.
Se jacta de recibir mensajes de ultratumba
teniendo como paloma al Espíritu Santo.
Dice ser el vocero
de la Divina Providencia,
y hasta secretearse con el infinito.
El psicópata del norte,
que carga un arma de destrucción masiva
en el padre atorado en la garganta,

ahoga entre sus dedos el micrófono,
frunce el ceño
para retener la idea fija de su crimen
y aúlla obscenamente tras de decirle al mundo
que dejará caer desde los cielos
un infierno.

Halla, jocundo, al otro déspota
del tamaño preciso que requiere un pretexto,
y sin pudores muestra su intención
en millones de pantallas:
borrar del mapamundi trozos de geografía,
transfigurar el cielo en pirotecnia,
tener como "efectos colaterales"
masacres invisibles,
y acribillarlo todo, todo, todo,
con vocación de caos,
sin excluir a los niños
que habrán de recibir inimaginables mordeduras
en su cuerpo y su futuro.

Ay, amigos, la poesía
–como las oraciones
y las veladoras que lagrimean su impotencia –,
no sabe detener la maquinaria destructiva:
sus palabras se hallan contaminadas de silencio
y ocupan su lugar en la galería
de las pasiones inútiles.

La poesía, sé que se sueña a veces,
es capaz de conmover a las piedras.

Si alguna vive la suerte
de escuchar una estrofa,
puede exhalar un sollozo
y maldecir a un tirano.

Pero la pedrada, ay, pertenece a la edad de piedra
y carece de voz y voto
en un mundo en que la industria de la muerte
y la técnica de la destrucción
vive su clímax, la edad de oro de su infamia,
habitando el lugar exacto
donde antes Dios tendía su vivienda.

La poesía, dicese,
tiene a su servicio todas las palabras;
pero no encuentra las que sirven
para parar en seco,
en punto en el espacio,
en alas rotas,
a los misiles
que cargan camposantos en su vuelo.
No rastrea la fórmula precisa
que pueda desactivar las maquinaciones
del aprendiz de brujo.
No encuentra la metáfora
que destruya los planes de los buitres.
No da con la expresión
que ponga la jaqueca de la duda
en una bomba inteligente, manejada
por la parte más negra
de la materia gris del nuevo führer.
No halla los epítetos,
los tropos, la métrica, la rima
para detener el escuadrón de halcones
que gangrena el firmamento,
no sabe cómo paralizar las manos que,
moviéndose en un teclado de botones,
deslizan el elegante, el limpio arpeggio
que destruye un poblado.
Pero esta impotencia,

estos puños agusanados,
esta indignación que clama en el desierto
sin batir otras alas
que aquellas del aullido,
no nos harán callar.

Señoras y señores: tendremos ruido de poetas
para largo.

Nuestra lengua cerrará filas
con los puños
que ascienden al agudo del reclamo
hasta ser golpeados por el viento.

Por eso, desde ahora,
no nos harán callar.

Le daremos voz a nuestra muina.

Le hallaremos consonancias
a nuestro rechinar de dientes
y apenas se cierre un libro de poemas
se abrirá otro.

No nos harán callar.

Seremos militantes de tiempo completo
de una gramática iracunda.

Un silencio será sala de espera
para el clamor siguiente.

Quizás esta poesía de nunca acabar,
esta revolución permanente en las entrañas,
sirva de algo.

Tal vez.

Quizás.

Quizás tal vez.

Puede ser que la poesía,
además de aludir a lo de siempre
(registrar los encuentros y desencuentros
con nuestro propio corazón)

preste su ayuda,
su granito de arena,
los pilotes subterráneos del arrojito,
a la lucha por la paz,
por la paz atrincherada
en lo mejor de nuestra especie,
y el mundo un día
logre atar las garras a las bestias
y arroje sus ademanes
cualquier estercolero.
Mas para realizar esta hazaña
los pueblos en turbulencia
(amén de cargar consigo
la artillería pesada de sus puños),
han de saber entonar
el himno de sus propias entrañas,
blandir el puño en alto
y morder entre dientes un poema.

20 de marzo de 2003, día de la invasión a Irak

A JAVIER SICILIA

Hoy por hoy nuestra patria,
con todos sus colores desteñidos.
es tan campo minado por el infortunio,
tan infierno nuestro de todos los días,
que la poesía,
capaz no sólo de asaltar
a la belleza para robarle
sus secretos,
sino de cantar al dolor,
decir de la llaga,
ser cronista de la asfixiante y vieja forma
en que las flores saben marchitarse,
en fin, salir de su funda para soltar al delincuente
y sus cómplices de arriba,
su ráfaga de salvajes aullidos
de denuncia,
se ve forzada de pronto a callar,
a morderse la lengua,
a amurallar el grito,
a decirse ¿dónde diablos pongo
este escándalo que se instala en mi pecho,
este cementerio en llamas
que cargo a la espalda?
Un poeta, un verdadero poeta que enmudece
es en la patria de hoy una tragedia,
algo que amerita
poner las banderas a media asta.

¿Por qué, Javier, se han muerto entre tus labios
los gorriones? ¿Por qué le has roto
a todos tus lápices la punta?
No me respondas. Sé lo que te ocurre.
Si a un poeta
le dejan anegados los ojos
de lágrimas de sangre,
lo crucifican en la impotencia,
porque dejan a un hijo
convertido en memoria,
no puede sorprendernos
que arroje su lira al polvo,
esconda sus palabras debajo de su lengua
y ponga enloquecido a su silencio
a tocar a dos manos los timbales.

No puede sorprendernos.
Al principio, poeta, yo quise, como tú,
tapiarme la boca con un puño.
Decir, contigo: estoy hasta la madre,
no volveré a escribir
ni el poema atolondrado de una sílaba.

Pero después pensé
que muchos no sabemos callar,
que poemas nos salen hasta por los codos,
que más bien queremos vomitar abecedarios,
aullar a voz en cuello.

Pero tal vez tu estruendo sin vocablos,
tu fanfarria de palabras sin rostro,
logre más, en el caos que nos tiene
hasta desordenadas las entrañas,
que el conjunto de poetas aullantes
que siempre hemos creído, pobres tontos,

que la enfermedad de la sordera
sólo podrá aliviarse con el grito.

17 de abril de 2011

EL ATRACO

Oh México nuestro:
cuerno de la abundancia
de desventuras.
Este 12 de diciembre,
a la patria, que iba sola
por la noche
en la calle,
la raptaron, la violaron
y la acuchillaron por la espalda.
De ahí el gotear y gotear sangre
desde el tercero de los colores
de la bandera.

El águila y la serpiente también fueron secuestradas
por la banda presidencial
y sus secuaces.
Los rugidos con que cantamos el himno
nacional
chocaron con la sordera de los muros,
los dinosaurios y los yunques.

Mas, pese a los fumaderos de escepticismo y apatía
con que el poder nos envenena,
pese a la ráfaga de votos
con los que se acribilló al pueblo,
muchos hemos podido salvaguardar
el indeclinable afán de continuar la lucha.

Y por más que se insista
en que el convoy de la esperanza
está condenado a descarrilarse
y que la tierra promisa
no es sino uno más de los predios de lo
imposible,

nada nos amedrenta:
tenemos la pintura suficiente
para pintar una vez y otra y otra
nuestros ánimos
del mismísimo color
que en todo fruto,
contra viento y marea,
promete, a voz en cuello, madurar.

12/12/2013

Y vivos los queremos

Enrique González Rojo Arthur

La incertidumbre prende fuego
en las partes inflamables del afán de justicia.
Duele en la carne viva del espíritu.
Hace que las lágrimas se introduzcan en las venas
y lleguen a los puños, transmutando
su líquida congoja en sólida iracundia,
y es el hilo enmarañado que, nudo en la garganta,
se halla a punto, carajo, de asfixiar
las sílabas guerreras
que porta en su cartuchera de metáforas
mi canto.
Con los padres de las víctimas, sostengo:
no hay nada peor
que estar enfermo de incertidumbre,
que cargar la duda -enquistada y purulenta-
en medio de la frente, de si los hijos viven
o si el homicidio, mudando su obsoleta guadaña
por hornos crematorios, los ha vuelto
puñados de ceniza que manos criminales,
con líneas de la muerte en cada palma,
arrojaran al despeñadero del anonimato.
Pero no hay duda ya

de quiénes son los responsables:
los talleres plebeyos de la sospecha,
movidos por la fuerza motriz de la iracundia,
dibujan a todo vapor y a cielo abierto
el fantasma inconfundible del culpable.
Ha tiempo, los de arriba
-poniéndole veladoras de azufre
a la malevolencia-
han otorgado la ciudadanía mexicana
a la impunidad. Ha tiempo.
El crimen sin castigo, ha terminado por ser
el principio rector de nuestro México.

.
Como siempre, se nos fabula,
en algo que llaman la *verdad histórica*,
un cuento de hadas corrompidas, malolientes,
que buscan a toda prisa,
a carpetazo impúdico, contagiar
la supuesta ingenuidad de los padres

de familia

y a quienes cerramos filas con su angustia
el virus del engaño. El basurero de Cocula,
donde el poder ha sembrado con ahínco
su versión de las cosas,
es el mayor yacimiento de mentiras
de nuestra historia actual.

Ni la miseria, ni las enfermedades,
ni las tarascadas de la mala suerte,
ni siquiera las versiones mentirosas
que tienen arrinconada a una esperanza

que se defiende como acosado lobezno,
pueden asimilarse
a las verdades con pies de barro,
al agua sucia de lo ambiguo
que convierte el suelo firme
en tierra movediza y en riesgo de naufragio.
No pueden compararse con el tumor de lo incierto,
que se expande como cosmos canceroso
en miniatura
y roe las entrañas de los padres y las madres
de los 43 muchachos secuestrados
y enluta el corazón de millones de personas
de buena voluntad.
A esta tierra movediza
hay que añadir la ignorancia que tenemos
de la identidad -las huellas dactilares-
de los autores de la desaparición forzada
de los jóvenes,
la ignorancia de los promotores de la ignominia,
el nombre y apellido de los pinches demiurgos
de este infierno.

26 de febrero de 2015, a los cinco meses de la desaparición
forzada de los 43 estudiantes normalistas de Ayotzinapa.

DESVARÍOS

Perder el sentido de realidad
es tan frecuente como no sentir vergüenza
en recorrer las galerías
de un lugar común.

Uno cree tener los pies en la tierra,
las sienes lo suficientemente frías
para aplacar los fuegos artificiales
de las fiebres,
que la realidad no ha sido borroneada
por el menor parpadeo,
que las cosas se ponen a ser
como lo confecciona
la relojería de lo exacto,
y, de pronto, se cae en cuenta
de que lo blanco no es
sino gris introvertido,
que la redondez acariciada
deja navajazos en los dedos
y que nuestra brújula,
en medio de un mar cualquiera,
se encuentra a la deriva.

Qué difícil saber interpretar los jeroglíficos

de nuestra voluntad de hacer camino,
carajo, qué difícil,
o hacer una buena lectura
de lo que pasa
cuando la basura emocional,
la miopía o las cataratas de los ojos
agarran a la luz
con los dedos en la puerta.

Ustedes, como yo,
tan creemos en ocasiones
tener la radiografía de nuestra circunstancia,
que actuamos a tontas y locas,
sin pensarlo dos veces
y como si el frentazo fuera
la meta ambicionada
por el pie.

Hacemos pequeños, medianos o grandes

[cataclismos

con la mano en la cintura
y, como que no quiere la cosa,
metemos nuestra alocada danza
a un terreno minado.

Los psicólogos dicen que la psicosis
nos lleva a confundir la brisa que juega con

[nuestros cabellos

con la madre fallecida;
el mal humor,
que aletea en nuestro pecho,
con el ave carroñera

metida en nuestros cuerpos a la busca
de los trozos de carne
que se nos van pudriendo;
el crepúsculo,
con una infinidad de pañuelos ensangrentados
en acción de despedirse;
los olvidos, con la vías férreas empolvadas
por las que sólo corre,
amén de tiempo,
el viento de las ocho veinticinco.

Pero la psicosis extrema no es la cabalgadura
que a la mayoría nos lleva
-como raya que devora puntos-
por cada uno de los incidentes
de la existencia.

Es un consuelo saber que, por ahora,
en el guardarropa no hay
una camisa de fuerza
de nuestra misma talla.

Nuestro cerebro está en su lugar,
agarrado a dos manos de lo cierto,
destruyendo castillos en el aire a manotazos,
enturbiando las aguas con la sangre
de la quimera intrusa
y viendo en lo posible y lo probable
-el vislumbre y el pregón de lo futuro-
un faro entre las brumas
de los ojos cerrados.

Pero cuántas veces,

y en qué pinches circunstancias,
nos engañamos.

Cambiamos de confusiones como de camisas
y terminamos por enfrascarnos en furiosas

[disputas

con la perplejidad.

Cuántas veces.

Cuántas veces
confundimos con un oasis
las jorobas de un camello
o creemos, en el callejón sin salida,
que aquello que buscamos
al ir pisándole los talones al deseo,
se encuentra a la vuelta de la esquina.

¿Has hecho, amigo, alguna vez
el ridículo? Sí, sin quererlo
y de manera brutalmente ingenua?

¿Has sido el hazmerreír hasta de tu ángel de la
[guarda?

¿Has advertido
que no te hallas en una escalera
enamorada del cielo,
sino en un tobogán,
resbaloso de ley de gravedad,
que corre, desbocado,
a la meta agusanada
de la tierra?

Qué patética resulta

la mujer que, embadurnándose el rostro
[envejecido

con un pintarrajeo mentiroso
de colores y afeites;
quiere esconder al tiempo
debajo de la almohada,
amordazar
al reloj,
hacer que se muerda la lengua;
pobre anciana
con su actitud le pone reflectores
a la inexorable ley
del marchitarse. Y la gente
aprovecha gozosa la oportunidad
de chapotear en la vasánica saliva
de su burla.

Y no menos ridícula es la imagen
del hombre que se pinta de negro
cabellos y bigotes,
cejas y hasta pestañas,
y oculta en la epidermis
los pilotes de su desmoronamiento:
las blancuzcas raíces
de su mentido negror desmelenado.

¿Qué sabes tú de ti, poeta?
¿Como todos,
siempre te ves desenfocado?
A veces te sientes con una inteligencia superior.
Te crees capaz de inferir el sabor de los frutos

desde el sembradío de las premisas;
mas en otras estás convencido
de que no eres sino un coleccionista
de tristes desvaríos.

Qué maldición verse siempre
fuera de foco:
te engalanas con cualidades ajenas
para que -mientras arrojas el lastre del realismo-
te hagan levitar y levitar
los motores de la admiración
o te amputas mentalmente cualidades reales
para que el ninguneo y la marginación
te abotonen la invisibilidad
que te reviste.
Te hallas siempre un poco más allá o más acá
de tus huellas digitales.

Pero cuando el sentido de realidad se mella de lo
[lindo,
se disloca como sabueso enfermo
y se anda papando ideas verdaderamente
[descabelladas,
es en el amor. Sí, en ese alocado sentimiento
que nos hace mojar pañuelos,
pintarraजार los troncos de los árboles,
cantar al unísono con los vientos más
[enloquecidos del aire.

“Estoy seguro de que no puede vivir sin mí”,
decimos con la seguridad

con que el ropero de la abuela
saborea sus secretos.
Y el teléfono, con el aliento del amado
o de la amada,
nos agarra, con su portazo,
los dedos en la puerta,
envenena nuestro pulso
y ahorca con el lazo de sus manos
la efímera dicha.

Y si, por contra, un día suponemos
que “no me quiere, jamás me ha querido”,
convertimos nuestro corazón
en un abrevadero de alacranes
y creemos que se va hacer cargo de nosotros
la soledad madrastra,
un nudillo hace hablar a la madera,
corremos a abrir,
con el corazón precediendo nuestro paso,
y sentimos que la imaginación,
muerta de vergüenza,
baja, humilde, los ojos
a lavarse las pupilas
en el agua bendita del sentido
de realidad.

Pero ¿en verdad podremos escamotear
el juego de manos de la confusión?
¿nos será dable,
al menos por un momento,
subir al pedestal de las deidades,

acojinar la sienes en las nubes,
e impedir que nuestros deseos y temores
nos lleven a fraguar el pan que da sustento
a nuestra imaginación
con harina de otro costal?

No sé.

Malos fisonomistas,
en ocasiones no nos reconocemos
ni en el espejo de la introspección
ni en la introspección del espejo.
El camino nos mete la zancadilla
de la encrucijada.
El polvo del camino
empieza ya a asfixiarnos.
Y hay que seguir con el báculo obstinado
del “ni modo”.

Mi pluma, jubilada,
en vez de forjar metáforas sobre el amor
hace manchones de tinta:
qué diablos puedo decir de él
cuando todo se ha dicho.
En el amor, las expectativas
-trampolín de la esperanza-
sueñan en transformarse en entusiasmos;
mas la desilusión
-que toca entre bambalinas su cuerno de caza-
puede robarse la escena.
Cierto que con el amor enloquecemos
y hacemos una madeja de puntos cardinales,

hasta quedarnos con la idea
de que es una caja de música
donde entona Pandora
su canto de sirenas.
Pero el amor hay que vivirlo,
experimentarlo
para que no se nos quede
flotando en el pasado
como una nube de humo que se pelean dos vientos
encontrados,
un episodio contado por la nostalgia,
o un poema, como éste,
que es un diálogo agrisulce del poeta
con sus entrañas.

5/V/2013

IMPROMTU

La comadrona del dolor materno
me dejó en el regazo de la cuna
las manos jugueteando con lo externo.

Todo en mi derredor: el sol, la luna,
mi cuerpo y su inquietud son el muestrario
de la precariedad de mi fortuna.

Sentí que en mi existencia lo primario
era forjar un hato de preguntas
capaces de imantar lo extraordinario.

Quise huir de lo falso y las presuntas
verdades que, enhebradas con lo incierto
dudo si se hallan vivas o difuntas.
Me quemé las pestañas y el abierto
volumen por mis sueños acosado,
se abrió como ventana hacia el desierto.

El presente, el futuro y el pasado

coinciden en decirme que es mi sino
cantar este cantar desgañado.

¿Mi vocación es liberar el trino
enterrado en mi cuello? ¿Mi tarea
cantar, si hay que cantar, en el camino?

No sé, pero en el pecho me golpea
un timbal de estallidos demenciales
donde cualquier cantábile falsea.

La ignorancia me embarga y doy señales
de que locura y canto se amalgaman
y ennegrecen mis puntos cardinales.

La razón y el instinto me programan
¿filósofo? ¿poeta? mas no puedo
descifrar los enigmas que reclaman.

Debería callar, poner el dedo
en labios de la pluma, pero diga
lo que diga no salgo de este enredo.

La confusión me embarga, me fustiga,
y, viejo de los años, la tristeza

ignora cómo hablar con la fatiga.

La mano encarcelada en su torpeza
no sabe ya qué hacer ni en qué pedrusco
reclinar, fatigado, mi cabeza..

En el cantar que entre los dientes luzco
no hay sombra de palabras, sólo ruido,
el masticar de letras que produzco.

INDICE

CURIOSIDADES

	PAG.
Eróticos I	
Curiosidad.....	1
Candente.....	1
Identidad.....	1
Infierno.....	2
Eróticos II	
Caperucita.....	3
La dama del perrito.....	4
Elefante.....	5
Románticos	
Encuentro.....	7
Guantes.....	8
Fiesta.....	10
Lirismos	
Lentes.....	13
Barco de papel.....	13
Violín.....	14
Poiesis.....	16
Electrocardiograma.....	17
Narrativa de Haikús.....	20
Quién me iba a decir.....	21
Cómo hay que pedir perdón.....	23
La oscuridad del silencio y una breve	

observación heresiarca.....	24
Estética.....	25
Tríptico del Príncipe.....	28
A Carmen de la Fuente.....	30
El árbol y la calandria.....	31

DEFINICIONES

La Quimera.....	39
Batallas Contra el Cielo. Homenaje al gran poeta Ramón Martínez Ocaranza.....	45
El Sonido y la Furia. El día de la invasión de Irak.....	59
A Javier Sicilia.....	66
El atraco.....	68
Y vivos los queremos.....	70

DESVARÍOS	79
Impromptu.....	83